RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Rieznik, Marina

Charlatanes, ciencia y estado en la Argentina del siglo XIX

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Rieznik, M. (2011) Charlatanes, ciencia y estado en la Argentina del siglo XIX. Redes, 17(32), 245-268. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/390

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

CHARLATANES, CIENCIA Y ESTADO EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XIX

MARINA RIEZNIK[1]

RESUMEN

En este artículo se plantean nuevas posibilidades de interpretación sobre las relaciones entre ciencia y Estado en la Argentina del siglo XIX. Para ello se revisan críticamente los enfoques de dos libros de reciente publicación escritos por Irina Podgorny: *Los viajes en Bolivia de la Comisión Científica Médico-Quirúgica Italiana* y *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Para abordar la preocupación propuesta, se discurrirá entre la especificidad de la práctica científica del siglo XIX, su relación con el trabajo de los *charlatanes* y la circulación de cosas de la que estas actividades dependían a la vez que contribuían a crear.

INTRODUCCIÓN

El más reciente de los libros de Irina Podgorny, *Los viajes en Bolivia de la Comisión Científica Médico-Quirúgica Italiana*, sin dudas contribuye a indagar la historicidad del desarrollo de las habilidades de los científicos del siglo XIX, en relación al camino no lineal por el cual la ciencia pasó de ser concebida como una reflexión filosófica ligada con lo extraordinario, a una actividad instrumental que intentaba regularizar la diversidad de lo real con complejos dispositivos a través de números, mediciones y gráficos (Bourguet *et al.*, 2002). El texto de Podgorny sirve de estudio preliminar a los informes publicados en Bolivia por Guido Bennati y su Comisión y al folletín que, incompleto, se publicó en el periódico *La Reforma* de Salta en 1879, junto con las dos relaciones de la Comisión Científica Médico Quirúrgica Italiana y "El naturalismo positivo en la medicina" (Podgorny, 2010: 17). Los compendiados, escritos que reseñan los viajes de la comisión encabezada por Bennatti, están suscritos por el médico itinerante acusado de charlatán mientras desarrollaba sus periplos, y algunos de sus colaboradores: el doctor Vicente Logatto y el señor José M. Manó. En su peregrinaje por Bolivia estuvo acompañado, además de los nombrados, por su hija Amalia, su esposa Rosario y el hijo de ambos; la esposa del señor Manó, más un grupo de ayudantes nativos. Tanto en la Argentina como en Bolivia la comisión sigue

[1] UBA-UNQ-Conicet.

estrategias similares, Podgorny las sintetiza: contactos con las damas de la sociedades de beneficencia para ofrecer la atención gratuita de los enfermos a su cuidado, contacto con los caballeros del gobierno para certificar títulos y diplomas habilitantes de la práctica de la medicina, asesoramiento a los gobiernos locales en materia de salubridad y obras públicas, ofrecimiento de provisión de datos y muestras de recursos en intercambio de credenciales y permisos para circular libremente por los territorios de dichos gobiernos, atención de los heridos de guerra, organización de exposiciones para promover y evaluar la riqueza de los territorios explorados. También forman parte del patrón de cada visita los conflictos con los pacientes, las denuncias por falsificación de remedios y práctica ilegal de la medicina. Según Podgorny, las prácticas, gestos y procederes de Bennati no hacen más que devolver amplificado un reflejo de la sociedad que lo producía (Podgorny, 2010: 24). Por eso, lejos de buscar a Guido para armar una historia de la masonería, el naturalismo positivo o de las exploraciones científicas, "el encuentro con Bennati sirve para entender los mecanismos de legitimidad y la cultura de la sociedad decimonónica" (Podgorny, 2010: 24). Podgorny recuerda que el personaje fue un conocedor del gusto del siglo xix. Así llegaba a la plaza del mercado de Empoli, con sus espectáculos médico-musicales, sus carrozas y su grupo de "manutengoli", hombres y mujeres disfrazados de negros, pieles rojas y "caníbales" semidesnudos de Oceanía.

Bennati ya en la Toscana experimentaba con una escenografía antropológica o etnográfica para sus presentaciones terapéuticas. La historia de los itinerarios de Bennati muestra que las antiguas provincias del Plata le darían la oportunidad de perfeccionarla, sustituyendo la representación en la plaza por el museo sudamericano y recuperando, de este modo, el carácter de los primeros museos abiertos al público de la Inglaterra de fines del siglo xvii (Podgorny, 2010: 20-21).

El trabajo de Podgorny en este libro es arduo porque la dispersión de los rastros de su protagonista era una consecuencia constitutiva de una figura que, como advierte la investigadora, se esforzaba por sepultar su pasado: "En ese presente dado por el viaje constante, volvía a construir su personaje en cada destino, creando una de las condiciones necesarias para su éxito: no dejarse pisar por su sombra" (Podgorny, 2010: 27). No obstante, el fantasma comparece a nuestros ojos tras la lectura de *Los viajes*.

En *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina,* Irina Podgorny cuenta la historia de la constitución mundial y local de un campo de conocimiento y de la consolidación de determinadas tradiciones académicas vinculadas al término prehistoria. Siguiendo la preocupación de Podgorny por dilucidar cómo se constituyó la prueba en las disciplinas que confluyeron en el área, nos encontramos, desde mediados del siglo xix, con las redes del tráfico de antigüedades y fósiles y, en particular, con la producción

de *antigüedades portátiles*, es decir, planos, fotografías y dibujos con los que se intentaba reconstruir, a la distancia y repetidas veces, la observación de las condiciones originales de las cosas. Así, descubrimos cómo determinados objetos, procedentes de los contextos de la muerte, en los que, como nos enteraremos luego, también escarbaba Bennati, se comienzan a considerar objetos científicos en tanto se van reconociendo sus regularidades. La perspectiva de la autora sobre la historia de los objetos científicos –en este caso aquellos que permiten comprender la emergencia de la prehistoria como disciplina– puede inscribirse junto a propuestas teóricas de historiadores como Lorraine Daston (2007), Hans-Jörg Rheinberger (1997) y Peter Galison (1997). Como explican en uno de los programas que suscriben en el 2005 –el de la International Research Network "History of Scientific Objects" organizada por el Max Planck Institute de Berlín– para que los objetos de la vida cotidiana se conviertan en objetos de investigación científica deben abandonar la periferia de la conciencia científica colectiva para formar parte del ámbito propio de la investigación; los historiadores deben entonces concentrarse en las prácticas que hacen que esta transformación sea posible. En sus relatos, adquieren particular relieve las representaciones gráficas, técnicas visuales y los dispositivos asociados a ellas, fundamentales para la producción y circulación de los objetos científicos. En este sentido, puede recordarse lo que señala Wolfgang Léfèvre (2005) respecto a que considerar la función de los sistemas de notación científica como una clase de atajo, difícilmente agote su utilidad, en realidad, estas inscripciones al ser correctamente denominadas "herramientas de papel" –esto es, medios gráficos que se caracterizan por una materialidad que importa tanto como la de las herramientas ordinarias– habilitan a que llamemos materiales de la producción científica a cosas aparentemente no-físicas como sistemas ordenados de signos, fórmulas químicas, tablas, diagramas, etc. (Léfèvre, 2005: 217). Según Daston (2000), las técnicas que requieren los historiadores para encontrar, interpretar, mostrar estos objetos –en lugar de las fuentes textuales– y usarlos como testigos de la historia que narran, están basadas en un conocimiento apoyado en disciplinas tales como la arqueología, la historia del arte, la museología. Así, cuando instrumentos, colecciones, arquitecturas y modelos sean usados como evidencia de las interpretaciones de Podgorny, no será raro encontrar artilugios propios de las ciencias cuyas historias nos cuenta. En *El sendero* se articulan trabajos que producían y leían los practicantes locales de la ciencia, con algunos debates parlamentarios, con manuscritos, con periódicos y, en general, con la preservación de la cultura material de las ciencias hechas por los museos.

Adelantemos que, tomando el conjunto de propuestas aquí revisadas respecto a la historia de las prácticas científicas en el siglo XIX, se relocalizarán tesis de la historiografía europea por parte de autores como Bourguet (2002), que funda-

mentaron cómo debía ser criticado el prejuicio según el cual la lógica del Imperio imponía verticalidad y orden en las prácticas científicas desarrolladas. Seremos así conducidos a novedosas interpretaciones de la historiografía de las ciencias respecto a la relación entre ciencia y Estado en la Argentina del siglo XIX, para descubrir cuán importante era la producción de información para la ciencia que se deslizaba por fuera de los marcos controlados por el fisco. Para ceñirse a la preocupación propuesta, se discurrirá entre la especificidad de las prácticas de la ciencia, su relación con el trabajo de los *charlatanes* y la circulación de cosas de la que estas actividades dependían a la vez que contribuían a crear.

Itinerarios particulares, espacios de ciencia y Estado

El personaje central de *Los viajes* llegó a la Argentina, procedente de Europa, a fines de 1860. De profesión declarada médico cirujano, había nacido en Pisa alrededor de 1827 y como médico itinerante circuló con sus carromatos y sus socios por las provincias de Francia, las ciudades de la Toscana y del Piamonte, Roma, Mónaco y algunas regiones de España. A fines de la década de 1860, se embarcó en Cádiz hacia América del Sur, después de haber sido condenado por "usurpación del título de doctor" y venta de remedios secretos ante la corte de Lille en 1865 y por haber participado de la toma garibaldina de Roma en 1867 (Podgorny, 2010: 19). Las biografías de Bennati lo relacionan con el establecimiento de varias logias masónicas en las provincias argentinas. Efectivamente, según Podgorny, este agudo observador de las costumbres locales, enterado gracias a los garibaldinos de las peculiaridades de las antiguas provincias del Plata, supo adoptar el lugar de promotor de la masonería en América del Sur, ayudado por el título de Comendador de una sociedad masónica-literaria, casi extinguida en esos años (Podgorny, 2010: 24).

En la Argentina, Bennati pidió autorización a Daniel María Cazón, Gran Maestre de la Gran Logia Argentina, para constituir logias en las localidades que visitaría en el transcurso de una Misión de exploración del coronel Czetz por los territorios de La Pampa, Córdoba y Cuyo. Luego ejerció como médico en Córdoba y Catamarca, donde en 1869 inauguró y dirigió el Hospital de la Concepción, según consta en las fuentes que Podgorny analiza. En 1870, pasó a Mendoza y San Juan, ciudades en las que difundió y estableció, según sus biógrafos, varias logias masónicas. En esos mismos años sería el encargado de armar las muestras para la Exposición Nacional de Córdoba, de San Luis y, en menor parte, de Mendoza y La Rioja. Entre 1874 y 1881 viajó por Corrientes, Bolivia, Paraguay y el norte argentino. Regresó a Buenos Aires a fines de 1882, donde moriría en 1898 (Podgorny, 2010: 24-25).

Podgorny rescata, por un lado, una serie de documentos dispersos, entre los que encontramos una colección de rimas con las que pacientes agradecidos y amantes de las letras cantaban su curación y alimentaban su fama de médico generoso y eficaz (Podgorny, 2010: 15); por el otro, los escritos que intentaban encuadrar los recursos del continente, además de la consideración de una serie de fuentes que dan cuenta de la estela de traiciones y denuncias de distinto tipo, que originadas en el recorrido de esta comisión, "actuaban como una fuerza de atracción permanente hacia nuevos rumbos y ciudades" (Podgorny, 2010: 16). Podgorny recuerda que las acusaciones de "falso médico", ya fuera en los tribunales, en los corrillos sociales, en los consejos de higiene o de los doctores en medicina de las distintas ciudades y países recorridos, tenían un punto de inicio que podía localizarse por lo menos desde 1858 en tierras europeas.

Los itinerarios de este personaje junto a todos los objetos que transportaba se imbricaban con los espacios de la ciencia de la prehistoria que comenzaba a instalarse en la Argentina de la época, razón por la cual, esta figura se nos aparece en las páginas de *El sendero.* Este libro entra de lleno en los museos, lugares a los que irían a parar parte de las colecciones de Bennatti, hasta llegar a la situación del Museo Nacional de Buenos Aires hacia 1910, cuando era dirigido por Florentino Ameghino. El recorrido se inicia a través de los modelos de museos que se habían desarrollado internacionalmente; y quien nos guía explica parte de las diferencias entre ellos como manifestación de definiciones variables sobre el público de la ciencia. Podgorny logra mostrar las contradicciones entre un trabajo científico casi siempre llevado adelante en pos de intereses privados y una ciencia que debía presentarse como pública en estos lugares. Así, atravesamos descripciones y planos de los distintos modelos de institución y de acceso a las colecciones, cada uno de ellos articulados con determinadas redes de influencias nacionales e internacionales en competencia por recursos estatales. Por otra parte, las disposiciones espaciales se urden con las diferentes teorías respecto a la antigüedad del hombre y el lugar que le correspondía a estos estudios con relación a los que pesquisaban la naturaleza. No obstante, Podgorny aclara que ni aun en los grandes museos nacionales del siglo XIX, e Inglaterra es el ejemplo al respecto, la exhibición y distribución de colecciones conseguía instruir de manera inmediata a quienes visitaban las salas del establecimiento respecto a las teorías científicas que pretendían orientar la observación de los objetos. En este sentido, se podría inferir que las teorías con que se debatían sobre la manera de ordenar la exposición, no hacía que la muestra en sí fuese más científica que los espectáculos de escenografía antropológica armados por Bennatti. Según Podgorny, mucho más claro era, a veces, que la institución podía demostrar el volumen y la riqueza de la naturaleza cuyo dominio se podía establecer. Aunque esto podría imaginarse como la señal del vínculo establecido por la autora entre poder impe-

rial estatal y el trabajo de los museos y de la prehistoria, nada tan lineal se encontrará en estas páginas.

Podgorny analiza el término prehistoria, esbozando "algunos hitos de su derrotero, su llegada al castellano y al léxico de los estudiosos rioplatenses" (Podgorny, 2009: 53). Siguiendo la polémica aceptación y difusión del término, describe también los debates sobre los métodos adecuados a esta reciente área de conocimiento. El nuevo término, acuñado en inglés aproximadamente en 1850 y aceptado a fines de la década siguiente, emerge junto a la nueva disciplina denominada arqueología prehistórica o geológica que "se presentaba como un puente entre los remotos tiempos geológicos y los de la historia" (Podgorny, 2009: 54). Pero la aceptación del término no implicó el final para las variadas disputas terminológicas del área en torno a los conceptos y las nomenclaturas adecuadas. La relevancia del capítulo reside en que para los aspirantes a prehistoriadores de la Argentina, el seguimiento de estos debates sobre parámetros internacionales se transformaba en el contexto natural donde debían moverse y buscar legitimidad y en el señalamiento de que el acceso a esta información se sostenía en la existencia de una nutrida bibliografía internacional en las Bibliotecas del Museo Público de Buenos Aires, de la Sociedad Científica Argentina y de la Academia de Ciencias de Córdoba. Podgorny, al recalcar que estas bibliotecas se sostuvieron gracias a la dinámica establecida por las redes de los naturalistas y sus propios recursos, marca el ausentismo del Estado en el desarrollo de la formación de los científicos locales. Asimismo, la investigadora muestra la fuerte impronta privada de los establecimientos que albergaban importantes colecciones a principios del siglo xix y cómo en la Argentina las colecciones particulares adquirieron un peso y relevancia científica tan grande o aun mayor que las estatales, constituyéndose en herramientas de disputa a la hora de obtener los favores de los políticos desde mediados del mismo siglo. Estas cuestiones son claves para entender la dinámica de estas instituciones y la centralidad de la autoridad del director y sus alianzas personales. La autora señala como fundamental el siguiente punto: el férreo control de la autoridad personal y la enorme importancia de las redes personales no eran características restringidas a los establecimientos privados y se constataba inclusive en los museos que se consolidaron como símbolo de imperios nacionales. La afirmación discute con la idea de que el museo decimónico había aparecido como "una expresión arquitectónica de la popularidad de la historia natural" (Podgorny, 2009: 35) del siglo xix. Podgorny indica que la voluntad de los políticos respecto a la ciencia aparece como accidental y si no hostil, por lo menos indiferente.

Al deslindar la historia de los museos de aquella del plan estatal preconcebido, Podgorny argumenta que se pone a salvo, tanto de la glorificación del Estado como precursor de las ciencias, como de aquellas visiones que gustan "de anate-

mizar la ciencia" (Podgorny, 2009: 37). En el plano del análisis histórico, esto le permite salirse de las fuentes de los decretos fundacionales y textos de las epopeyas de la ciencia, que establecen un vínculo directo entre construcción estatal y desarrollo científico; y encontrar nuevas fuentes –entre ellas las colecciones del propio Bennati– que la conducen a las relaciones personales y sociales construidas o manifestadas en los espacios que describe. El Estado, abrigando a las ciencias e impulsando su desarrollo, ya sea en pro de perfeccionar sus mecanismos de dominación o para engrandecer el progreso del género humano, aparece desdibujado en estas líneas. En cambio, en el análisis de Podgorny ciertos tópicos aparecen solapados tanto en los discursos de los científicos como entre los miembros de las élites; la diferente manera de entenderlos signará parte de los debates entre los directores de museos, naturalistas y exploradores seguidos por la autora. Se tratan de indicaciones acerca de cómo el espacio del museo moldea las maneras de imbricarse entre la práctica de los científicos, su vida cotidiana y el recrearse del público admirador de colecciones, oscilante entre el consumo cultural de las clases medias y la educación popular.

Este enfoque que descentra la acción estatal respecto a la comprensión de la dinámica de los museos, permite que entren en escena, en las contiendas de las redes que conformaban las exhibiciones públicas, otras colecciones, transportadas por los museos ambulantes que llegaban a estas latitudes o mostradas en las exposiciones de ciertos charlatanes que se presentaban en una mezcla de espectáculo itinerante y comercial. En dichos eventos, se asociaban prácticas médicas, venta de remedios, colecciones arqueológicas, paleontológicas y antropológicas; aunque sus objetos eventualmente terminaban en instituciones científicas, competían con las pretensiones de los naturalistas locales. Lo que Podgorny remarca al respecto es la importancia que tenían "las redes de intercambio, acceso, compra y venta de objetos más allá de las instituciones del Estado" (Podgorny, 2009: 49). Se pone de relieve nuevamente la intención de esta historiografía de salirse del corsé de los relatos que ponen la voluntad de funcionarios del Estado en el centro de sus interpretaciones sobre el desarrollo científico. Señalando el rumbo que algunas de estas colecciones de feria tenían con relación a la conformación de las ciencias reunidas en un museo, y en las de la prehistoria en particular, afirma que su relevancia era mayor que las discusiones que las ciencias establecidas despertaban en Europa. Aunque este tema no es retomado explícitamente, se huele en el resto de *El sendero* cada vez que los personajes principales son descubiertos con prácticas no tan distintas a las de estos charlatanes de feria. No casualmente, Podgorny dedicaría su próximo libro a una de estas figuras, efectivamente, la introducción de Bennatti como personaje para la historia de la ciencia de la prehistoria, está ligada a que las colecciones y actividades de su comisión condensan distintas capas de la historia de la ciencia, constituyendo, por eso

mismo, un objeto privilegiado que contiene la complejidad de las prácticas científicas del siglo XIX (Podgorny, 2010: 16).

La materialidad de las prácticas

Mientras analiza la conformación de la nueva disciplina en el nivel mundial, Podgorny en *El sendero* advierte cómo se fue conformando el objeto de la prehistoria, reconstruido a través de escasos restos fragmentados, huesos de animales arañados y chamuscados, esquirlas, formas talladas en piedra, asta o hueso. El objeto de esta nueva disciplina no solo estaba muerto, como el del resto de la historia, sino que, además, no había sabido escribir. Podgorny recuerda que "no por nada los arqueólogos clásicos se referían a la prehistoria como una *ciencia de analfabetos"* (Podgorny, 2009: 55), de allí la constante referencia de la autora a que los vestigios de la muerte tenían que aprender a hablar. La nueva disciplina fue moldeando sus prácticas, oscilando entre los andamiajes de la etnografía comparativa, la paleontología, la geología y la historia natural; y la investigadora sigue el devenir de las polémicas a través de ciertas redes de aliados internacionales que intercambiaban datos en forma de dibujos, publicaciones, cartas, mientras armaban y visitaban colecciones privadas y públicas. Estas trayectorias dejaban también su rastro en revistas, periódicos y diarios británicos y franceses que realizaban reseñas de las publicaciones, los encuentros y los nuevos hallazgos. Así, Podgorny persigue no solo la conformación de este nuevo objeto de estudio, sino la reunión y sociabilidad de los hombres que lo construyen.

En *El sendero* se sostiene que la búsqueda de legitimidad y de apoyo público hizo que las nuevas investigaciones de la prehistoria empezaran a ser presentadas en los discursos con fines pragmáticos. La aparatosidad de Bennati y su escenografía debe ser evaluada en un contexto de debate sobre las ideas de los darwinianos, donde los pueblos actuales en estado de salvajismo "crearon un problema no solo para las administraciones coloniales o nacionales: también empezaron a ser usados en contra de la idea de progreso" (Podgorny, 2009: 69). Los prehistoriadores comenzaron a intervenir en estos debates, asociando el desciframiento de los comportamientos de los salvajes contemporáneos al del hombre prehistórico para llegar a la "fuente de los atavismos del hombre moderno" (Podgorny, 2009: 70). No obstante, aunque la "mera idea de pueblos estacionarios, detenidos en la prehistoria en pleno siglo IX, les daba la posibilidad de dar vida a esos exiguos restos de tiempos más remotos [...] a la vez, los enfrentaba a una supuesta excepción de la ley universal de progreso" (Podgorny, 2009: 70). A medida que se desarrollaban estas y otras discusiones, los científicos de la prehistoria ponían de relieve el valor de las formas materiales para volver a dar palabras a un pasado ya

enterrado. El avance del ferrocarril, la explotación minera y la construcción de puertos más modernos se volvían aliados para revelar los secretos de la propia y sepultada barbarie. Quienes promulgaban los museos que se iban creando, destacaban su papel de centro de investigación o bien su función como espacio de educación; y, a la hora de ordenar las colecciones, estas funciones se presentaban, a veces, en forma complementaria, y otras, en abierta contradicción. Casi todos los involucrados buscaban que la posición que sostenían se viera reflejada en el orden que los nuevos objetos encontrados debían tener en los espacios privados de sus gabinetes o en los repositorios públicos que se empezaban a crear. Así las "palabras, una vez más, sedimentarían en cosas, imágenes, edificios y personas" (Podgorny, 2009: 73). Completando el círculo, Podgorny le da voz a los restos de esta materialidad, describiendo cómo estas discusiones fueron delineándose y, al mismo tiempo, conformando los museos, la sociabilidad y las colecciones privadas, las sociedades eruditas y *el campo*. En este derrotero se describen los conflictos en torno a la reunión espacial, ordenamiento y clasificación de los objetos fragmentarios encontrados. A través de los personajes de *El sendero,* vemos a los catálogos, los gestos y los edificios, constituyéndose como indispensables para reconstruir ese pasado que había estado mudo hasta entonces. En particular, la autora resalta la eficacia práctica de las imágenes litografiadas en los catálogos, que se transformaban en *museos portátiles* que circulaban y eran usados internacionalmente.

Por otra parte, en el proceso de producción de estos dispositivos, se subraya la importancia del testimonio directo de un testigo calificado que tuviese el fragmento ante su vista. Estas y otras alusiones a la relevancia de la autoridad personal y al peso de los acuerdos entre caballeros en la construcción de las convenciones científicas, remiten sin dudas a Steven Shapin y Simon Schaffer (1985), citados por la autora. En *Los viajes,* Podgorny también elige rescatar ciertas interpretaciones de estos autores para analizar la reunión de colecciones de Bennati como una suma de "tecnologías literarias" montadas para dar credibilidad a sus curaciones, promover los ideales de la humanidad universal y sobrevivir en las convulsionadas décadas de la segunda mitad del siglo XIX. En tal sentido, estos itinerarios revelan el entramado social en el que esas tecnologías funcionan y los actores que las constituyen (Podgorny 2010: 17). Sin embargo, advertimos que en la ontología de Shapin, la sociabilidad y la confianza entre caballeros ocupan el último nivel explicativo en torno a la construcción de la verdad en ciencia; en tanto que Podgorny se acerca a la epistemología histórica, por la ponderación que hace de la materialidad de los dispositivos, modelos, instrumentos, técnicas y espacios, como condicionantes del surgimiento de las *cosas epistémicas*, como diría Rheinberger (1997), o de la *biografía de los objetos*, en términos de Daston (2000). Agreguemos en este punto, que el tema tiene relevancia por la influencia

que en los últimos años ha tenido la sociología del conocimiento científico sobre la historiografía de la ciencia. Como dice Lefèvre (2005), en estos últimos treinta años el constructivismo ha sido hegemónico y ha puesto en el centro de sus preocupaciones la noción de "práctica" como pura "interacción". Para Latour, "la materia no es algo dado, es una creación histórica reciente" (Latour, 2001: 247), por eso desde que descubre esto, las "condiciones de la felicidad para la vida política" pueden avanzar sin ser interrumpidas por "las leyes inhumanas de las naturaleza" (Latour, 2001: 356). Así, en general, la perspectiva radical constructivista pone de relieve la prioridad de la interacción social sobre las complejas determinaciones materiales y naturales de las relaciones sociales. Lefèvre critica esta postura e insiste en que la ciencia no funciona "como si" fuese un trabajo, sino que ella misma es, en el sentido literal del término, un proceso de trabajo: "...la producción científica [es] [...] trabajo *strictu sensu...*" (Lefèvre, 2005: 211) con todas las constricciones materiales que ello implica. El hecho de considerar a la ciencia de este modo podría aparecer como algo obvio para otras áreas de reflexión e investigación de las ciencias sociales, donde nadie discute que el concepto "trabajo" es central para dar cuenta de la actividad humana. Sin embargo, no es así en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, donde, no casualmente, el constructivismo radical ha imperado (Rieznik *et al.*, 2009). La tendencia se ha filtrado en la historiografía y muchas de las lecturas de Shapin pueden hacerse en ese sentido. Podgorny, en cambio, rescata la fuerte materialidad que cierta historiografía ha contrapuesto a las interpretaciones *sociologizantes* (Rheinberger, 2005).

Como parte de esta historia, adquieren relevancia los clasificadores de los museos, estos hombres que además de ordenar los objetos del establecimiento, expandían su sistema a museos de la misma o de otra nacionalidad y a colecciones privadas. Así, los más importantes establecimientos de Europa y Estados Unidos traspasaban las fronteras nacionales, no solo porque combinaban la exposición de riquezas nacionales con objetos resultados de desvelos diplomáticos y de nuevas conquistas territoriales, sino también porque se extendían a través de clasificaciones donde copias, dibujos y piezas reales eran transformados en *museos portátiles de papel*. En relación a los museos que no eran de papel, mientras que los dedicados a la prehistoria y a la etnografía "representaban la gran novedad museológica" (Podorny, 2009: 80), observa Podgorny que para 1900, con excepciones, "muy pocos habían logrado consolidar un espacio estable y específico para la prehistoria y las antigüedades" (Podgorny, 2009: 80). El crecimiento de las colecciones y la especialización de las disciplinas llevaban a una fragmentación de los grandes museos consolidados en el siglo XIX. De esta manera, aunque los prehistoriadores se autoproclamaban como los garantes de la unidad entre los tiempos de la geología y los de la historia, la fragmentación de los museos que

albergaban sus colecciones dividía el lugar en que antes se reunían naturaleza y humanidad. Se trata del peso del espacio, la distribución y circulación de las cosas en la interpretación historiográfica de Podgorny. En *Los viajes* se describen el tipo de cosas puestas a circular y la clase de prácticas que se desarrollaban en concurrencia con estas colecciones acumuladas durante el siglo XIX.

El 16 de enero de 1883, los objetos reunidos por la comisión de Bennati en Bolivia, el Paraguay y las provincias argentinas, se exhibieron en Buenos Aires, en un salón situado en la calle Perú, número 83, entre Alsina y Victoria, a pocos metros del museo público, donde el doctor Bennati había inaugurado su colección de objetos de Historia natural, que por varios años se recordaría como "museo incásico" y sinónimo de la "fantasía de una mente soñadora" (Podgorny, 2010: 68). Se publicitó en la prensa, en las mismas páginas que las máquinas agrícolas, los tratamientos hidroterapéuticos, los tónicos importados y los dentistas en gira por el mundo. La exposición arqueológica, antropológica, paleontológica y de historia natural contenía objetos raros e interesantes, entre los que se contaban los siguientes: minerales de varios estados sudamericanos, vegetales variados y de gran importancia para la medicina, tintorería y alimentación; pieles de animales, animales disecados, una gran variedad de reptiles conservados en espíritu de vino, un león vivo y domesticado que vivía en compañía de un corderito y fósiles de animales antidiluvianos, también había "objetos de valor inapreciable": momias, ídolos, utensilios, armas, vestidos e instrumentos de música de la raza indígena (Podgorny, 2010: 56-59). Podgorny comenta que el aviso destacaba que los lectores se cansarían con la enumeración fidedigna de la multitud de objetos. Esta muestra temporaria y viajera incluía objetos de paleontología, arqueología, antropología y los tres reinos de la naturaleza. Al entrar, en un mostrador, dos indias bolivianas hacían de recepcionistas de la exposición (Podgorny, 2010: 56-59). Si en enero de 1875, el Presidente de la República del Paraguay había aceptado la donación hecha a esa nación por Guido Bennati y Vicente Logatto, de los fragmentos de un megaterio encontrados en los alrededores de Asunción y, un año después, el presidente decretaba la creación de un museo nacional sirviéndole de base los referidos huesos del megaterio (Podgorny, 2010: 30-31); en la Argentina, parte de las colecciones temporarias exhibidas por Bennati pasarían a integrar el Museo de La Plata como colección "Sampayo-Bennati" (Podgorny, 2010: 61).

Siguiendo la acumulación y disposición de cosas en estos lugares, la autora advierte, hacia 1900, una transformación en los sistemas de inventario de los museos y sus métodos de catálogo y afirma que el museo moderno surgiría de una combinación entre la cultura europea de los secretarios "[...] y la administración de los objetos de los almacenes americanos" (Podgorny, 2009: 93). Entonces, el verdadero recorrido científico de las colecciones no se hacía en las salas, sino a

través del registro minucioso de las colecciones, en el que constaba no solo el origen de cada colección, lugares y tiempos del hallazgo, sino el movimiento de cada objeto luego de su llegada al museo. Por otro lado, Podgorny sostiene que en la nueva ciencia de la prehistoria se tornó aun más importante que la descripción exacta de los objetos, su reproducción por medio de dibujos. Esto colocaba a los dibujantes en la incómoda posición de ser los culpables de desfigurar los objetos y por lo tanto, de causar los errores en la descripción de los mismos. Estos problemas, originados en las escalas, la lejanía y el peso de las cosas, intentarían ser superados con nuevos dispositivos que competían entre sí para lograr una reproducción mecánica: el taquígrafo, la lotinoplástica, el daguerrotipo. De lo que se trataba era de asegurar uno de los pasos ineludibles de la constitución de toda ciencia moderna: la posibilidad de repetir la observación. Así, a principios del siglo xx, las colecciones se empezaban a cuestionar si no lograban transferir de manera exacta los datos desde el campo. Como el espacio del museo debía condensar el del campo, para la arqueología la importancia de adecuarse a determinados procedimientos técnicos para un correcto registro científico, iba a ser desplazada desde los edificios a las excavaciones y modos de representar el campo; razón por la cual, la lectura de *El sendero* nos conduce también hacia dicho espacio.

En el proceso de "normalización de la excavación" (Podgorny, 2009: 95) Podgorny incluye diversos mecanismos para que lo visto allí pudiera ser reproducido en otro lado: la incorporación de técnicas de la ingeniería, de la agrimensura topográfica, la presencia de autoridades científicas que actuaran como testigos; el objetivo era llevar la información a los planos topográficos, catálogos y fichas y obtener antigüedades portátiles. Para devolver vida a los muertos, los museos no podrían ya "ser el sustrato donde se inscribieran cadáveres del pasado, sino el gabinete donde se acumulaban las pruebas en el campo con cuidado detectivesco" (Podgorny, 2009: 96) para establecer la autenticidad del objeto, su edad relativa o absoluta, diacronías y sincronías. "La tarea de excavar seguía siendo ejecutada por los artesanos, los obreros y ayudantes contratados para tal fin. La toma de notas para protocolizar el avance de las excavaciones, es decir, la destrucción del sitio arqueológico, constituía la línea divisoria entre el saqueo y la actividad científica" (Podgorny 2009: 97). Podgorny reflexiona acerca de cómo esta actividad comenzó a poner en relación aquello que, al descubrirse, aparecía como fragmentario: la excavación se transformó en una "obra teórica y práctica que exigía la presencia de las capacidades mentales del director" (Podgorny, 2009: 98) porque, como decía uno de los promulgadores de la normalización de la excavación, los trabajadores que ejecutaban la obra no tenían la capacidad de ver *lo arqueológico*; solo el jefe tenía en su mente la figura del sitio que, lejos de existir en las capas invisibles de tierra sólida, existía solo en el papel. Aquí se contrapo-

ne la competencia del arqueólogo con la de los científicos que habían recolectado o comprado piezas aisladas, o con el comerciante de antigüedades y todo aquel que no observara las reglas sobre cómo coleccionar, almacenar y transportar los hallazgos. Los objetos que no cumplían con todos estos requisitos pasaron a ser considerados como *evidencias asesinadas*, estatus que pasó a caracterizar no solo los objetos de Bennati, sino a muchos de los objetos con que se inauguraron los museos del siglo XIX. Es más, para asegurarse sobre la autenticidad del objeto, se incorporaría a las excavaciones un séquito de testigos y autoridades que concurrirían después del hallazgo, convocados a un "proceso entre burocrático, forense y judicial" (Podgorny 2009: 101). Aunque quienes intervenían en estos procesos ya no eran testigos de la historia, ese objeto inaprensible en su totalidad, aún podían observar un todo, el del *campo,* antes de que fuera destruido por la continuación de la excavación. Si no se podía dar testimonio de la vida del objeto, restaba al menos la posibilidad de contemplar la espacialidad de su tumba. Luego a través de registros, los procedimientos gráficos reconstruirían ese objeto de cuya existencia solo se había visto un fragmento, pero esto, desde la perspectiva historiográfica que propugna la autora, era ya la generación de otra cosa: "la constitución de objetos arqueológicos no es un producto de la observación, la colección y representación de monumentos, sino una intervención que genera y destruye el monumento en su carácter único" (Podgorny, 2009: 103).

Vislumbrando al Estado desde las prácticas

Este carácter de la práctica científica, como intervención que genera algo nuevo, cobrará fuerza en *El sendero* y se pondrá de relieve el lábil límite entre el interés científico, la falsificación y la posibilidad de lo real. Este aspecto no es resaltado como una particularidad argentina, en contraste con otras prácticas de la ciencia, sino más bien, como una singularidad que aparece en cuanto profundizamos en las acciones de los personajes de esta historia. El análisis acerca de la manera en que las disputas mundiales conformaron, o no, aspectos de las prácticas desarrolladas en la Argentina nos conducirá a quienes intentaron definir la antigüedad del hombre americano. Intervenían en estas pugnas, paleontólogos, profesores de ciencias diversos, naturalistas viajeros, coleccionistas privados y directores de museos públicos; algunos de sus nombres: Florentino Ameghino, Hermann Burmeister, François Séguin y Pierre Bravard. Las redes de los coleccionistas nos llevarán al comercio de fósiles principalmente con París y Londres y al intento local de regular esta circulación a medida que proliferaban los nuevos objetos encontrados y se comenzaban a percibir con interés en ciertos sectores sociales.

El lector, después de enterarse de la extraordinaria meticulosidad con la que algunos debatían sobre las excavaciones de arqueología en el mundo, se topa con personajes que escarbaban en el suelo local, pasando días y noches a la intemperie y librados a las bestias salvajes, a la búsqueda de fósiles para sus colecciones particulares o para el comercio internacional. Analizando sus redes de sociabilidad, Podgorny los describe visitando colecciones privadas y públicas, salones científicos, exposiciones y museos. Por otra parte, señala cómo muchos de los coleccionistas amateurs utilizaban los recursos familiares o los procedentes de su principal ocupación en la formación de sus colecciones. Siendo ingenieros de minas, pasteleros o profesores universitarios, para la clasificación de sus hallazgos, utilizaban los saberes adquiridos en ocasionales visitas a instituciones científicas metropolitanas, de los catálogos o de las instrucciones dadas por aquellos con los que compartían ciertos círculos sociales. Lo cierto es que si se trataba de dar con las pruebas del pasado del hombre americano, aún hacia 1870, en el territorio argentino, "la secuencia vertical y asociación con los restos culturales y óseos de un hombre tan antiguo como el europeo [...] se hacía esperar" (Podgorny, 2009: 70). Mientras tanto, algunas de las discusiones que habían brotado en el hemisferio norte cobraban particular importancia: la relación entre los salvajes contemporáneos y los ya extinguidos, el ritmo –o estancamiento– de la evolución de estos antiguos habitantes del territorio argentino. Sin embargo, como advierte Podgorny, no habiéndose encontrado todavía huesos, las edades de los objetos desenterrados se atribuían por diferencias tipológicas, y estas a su vez, establecían una secuencia geológica horizontal cuyo límite se debatía, como si la división entre el Neolítico y el Paleolítico pasara por una línea geográfica.

En la descripción de los personajes que erraban por el territorio argentino, Podgorny remarca dos cuestiones; en primer lugar, cómo las habilidades más importantes de quienes llevaban adelante estas prácticas no habían sido aprendidas en los libros de paleontología. Que un ingeniero de minas desarrollara cierta habilidad en las excavaciones, puede no sorprender, pero que un pastelero francés pudiera aprovechar su maña en la decoración de confituras, para lograr desenterrar en buen estado un caparazón de "estructuras dérmicas, desmenuzables como el mismo azúcar" (Podgorny, 2009: 115), deja al lector algo sorprendido con el tipo de oficios que estaban asociados en estas prácticas. La autora nos transporta al campo mismo con el relato de las actividades desarrolladas por estos personajes y advertimos algo que, quizás sea una diferencia de matiz con la epistemología histórica: el énfasis en mostrarnos la falta de formación específica de estos hombres eslabonados a la ciencia de entonces, tiene menos que ver con una reflexión epistemológica respecto a la singularidad del objeto científico, que con develar que la historia de la ciencias es más interesante cuando quien hace el análisis puede hilvanar las diversas especificidades del trabajo humano envueltas en una

práctica científica, con independencia de si hay que asociarla a la elaboración de planos de ingeniería, a la decoración de confituras o a la capacidad de elaborar teorías científicas. Desde otro ángulo, la mención a la biología general en los escritos de Bennati, un término muy moderno para esos años, a las ciencias de la vida, a la semiótica física, a la transformación de las especies y del hombre, colocan su actividad, sin dudas, según Podgorny, en el avanzado siglo XIX. Pero el peso en el análisis de Podgorny en las determinaciones materiales de sus prácticas hace que la autora no pueda atribuir a Bennati simplemente el lugar de promulgador del positivismo. En todo caso, la modernidad de su discurso permite a Podgorny abrir varios interrogantes sobre el concepto de "medicina popular", al que lo llevarían sus prácticas. En realidad, Bennati sirve para que Irina indique cómo estos personajes circulaban sin temor entre una multiplicidad de discursos difíciles de clasificar y cómo las prácticas científicas se imbricaban con otro tipo de prácticas. Como asegura Podgorny, aunque Bennati no era un profesor universitario en medicina, sus destrezas como cirujano y sus remedios "no debían distar mucho de las de los diplomados que luego –en Bolivia, en la Argentina o en Europa– ejercerían lejos de la universidad, conservando en su práctica un estado de la medicina olvidado en las facultades. Así como los doctores de Santa Cruz operaron con el Comendador para aprender de él y de sus técnicas, el 'Naturalismo positivo', pudo ser escuchado por la juventud universitaria" (Podgorny, 2010: 42).

Por otra parte, Podgorny pone de relieve el carácter de explotación económica que tenían estas actividades y cómo estaban ligadas a la extensión de la materialidad de los circuitos de transporte, migración y comercio internacional. Los científicos y sus muestras jugaban un importante papel en el reconocimiento de la autenticidad de las piezas, hecho que por su vez intervenía en la regulación del precio de las colecciones, y quienes "coleccionaban para vender, carentes de títulos universitarios o fuera de la red de sociabilidad política, se ubicaban en el reino de los meros comerciantes, pudiendo ser incluidos o no en el dominio de la ciencia, según las alianzas y circunstancias del momento" (Podgorny, 2009: 117). Asimismo, la autora destaca la importancia que el apoyo de parientes y las relaciones de patronazgo tenían en la constitución de la actividad científica en la Argentina, en donde la práctica de la ciencia se armaba a modo de empresa familiar, mientras que los recursos del Estado se buscaban para sostener los emprendimientos de gran escala. Estas iniciativas no dependían del amparo estatal, como podía ocurrir en museos metropolitanos que albergaban a las familias de los científicos, sino que se encontraban en un papel "subsidiario, demandante, independiente, pero incapaz de poner condiciones" (Podgorny, 2009: 122).

Al narrar los conflictos entre coleccionistas que trabajaban en la Confederación Argentina y para el gobierno de Buenos Aires hacia mediados del siglo XIX, a

medida que los primeros fragmentos humanos eran considerados como valiosos en los circuitos internacionales, Podgorny enseña cómo y quiénes empiezan a sugerir al gobierno que debía prohibir la exportación de los huesos fósiles. Siguiendo las huellas locales de la prehistoria, Podgorny expone cómo va entrando en los museos y gabinetes privados de la Argentina, y cómo, en tanto la actividad arqueológica se institucionalizaba, se conformaban algunas periodizaciones particulares. Los tiempos anteriores a la Conquista, o inclusive aquellos correspondientes a la fundación de Buenos Aires, se comenzaban a denominar como tiempos remotos por los clasificadores de las instituciones científicas. En este sentido, Podgorny ya había adelantado la relevancia que tendría la consolidación del movimiento americanista frente a la internacionalización de la disciplina, una primera singularidad marcada para los personajes del hemisferio sur de este lado del Atlántico. Mientras en Europa la distinción entre el hombre actual y el prehistórico se basaba "en una asociación con determinado tipo de fauna completamente diferente a la actual, en este continente el límite se volvía una marca dada por un acontecimiento histórico" (Podgorny, 2009: 69), pues se consideraba que nuestra historia solo comenzaba con el descubrimiento del Nuevo Mundo, muy reciente si se lo pensaba en tiempos geológicos. Así se esbozan algunas de las tensiones entre lo local y lo universal en la construcción de esta nueva ciencia.

Avanzando en las páginas de *El sendero*, Podgorny ofrece un panorama de una nueva circulación de cosas e información, mientras flamantes instituciones científicas y educativas se instalaban en la Argentina desde 1870. Vemos entonces a individuos y grupos que pululaban en la Sociedad Científica Argentina, el Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, los museos, las colecciones y las bibliotecas privadas. Empezaban a actuar como miembros de centros de recopilación de información en las provincias de Córdoba, Tucumán, Buenos Aires y Entre Ríos y como fiscales en relación a la autenticidad de los restos que se pretendían prueba de la prehistoria en su forma americana. La autoridad científica es reasegurada por autoridades políticas, profesores, agrimensores, coleccionistas y naturalistas de círculos sociales bien posicionados que comienzan a actuar de testigos convocados al campo. Los personajes de este trecho son, entre otros, Estanislao Zeballos, Florentino Ameghino y Francisco P. Moreno, inscriben sus derroteros políticos, familiares y personales contribuyendo a dar forma a la sociabilidad de caballeros y a las disputas que entre ellos se van tejiendo. Todos ellos corroboraban la identidad formal de los objetos encontrados en suelo local con los hallados en otros continentes y enfrentaban el problema acerca del origen de dicha identidad al tratar de establecer una correlación entre la forma, la antigüedad y la distribución geográfica encontrada en el extremo sur de América. Planos, dibujos y fotografías de los lugares y objetos, empiezan a ser fuente de las disputas también en este extremo del continen-

te. Las redes que se urdían, intentaban asegurar no solo una manera de ejecutar la excavación y dar con las pruebas, en un marco en el que no existían practicantes formados en una escuela de trabajo, sino que también pretendían ejercer un control sobre la circulación de las cosas desenterradas. A través de sus hebras seremos conducidos hacia los científicos del continente europeo, hábiles recolectores de corresponsales y proveedores.

Podgorny subraya el carácter de suposición de todas las elaboraciones teóricas de los hombres que, como Ameghino, atribuían funciones, usos y orígenes a las cosas con las que por su vez asociaban los hallazgos del hombre fósil (Podgorny, 2009, 135). Aunque instrumentos y fauna extinguida se asociaban en el campo, a los cráneos encontrados se les endosaban edades basadas en trabajos de medición y de comparación en el gabinete. Este aspecto cobrará espesor en el capítulo siguiente, cuando Podgorny relate lo sucedido en París, en 1878. Entonces, varias cajas viajaron desde suelo local a la Exposición Internacional de Antropología y Paleontología, realizada en simultáneo con la Exposición Universal, conteniendo colecciones de particulares e imágenes y planos de museos oficiales argentinos; entre ellas viajaban los materiales clasificados por Ameghino y los planos del Museo de La Plata. Una vez en Europa, la atribución de funciones, usos y orígenes a las cosas, junto a las particulares ideas de progreso que tenían los personajes locales, se enredarán aún más con las ideas de los coleccionistas europeos o con las formas de divulgación de las técnicas de relevamiento topográfico y antropológicas. El convencimiento de que la "prehistoria estaba arrinconada espacialmente en la Patagonia" (Podgorny, 2009: 156) era una de estas ideas que se combinaba con diferentes maneras de entender la relación entre el hombre salvaje americano de entonces y los hombres prehistóricos europeos.

Podgorny puntualiza el recorrido del propio Ameghino en París, donde se casó con una naturalista francesa y educó su mirada frecuentando gabinetes y yacimientos. Su intervención fue activa en relación a las disputas que la prehistoria originaba en Francia, donde el marco de la tensión se daba entre el intento de definir un lenguaje neutral y el compromiso político diverso que adoptaban los sectores positivistas, católicos y materialistas. Ameghino tomó partido en discusiones sobre las teorías adecuadas para periodizar la prehistoria y las técnicas correspondientes a la atribución de edad y comparación entre los fragmentos encontrados. Asimismo, se formó en las técnicas de quienes recurrían a los dispositivos de la lógica visual para exhibir la evidencia, los mapas y los perfiles geológicos; en este punto Podgorny retoma para su análisis las propuestas de Rudwick (véase Rudwick, 1975) respecto al examen del *lenguaje visual* de las publicaciones científicas del siglo XIX (Podgorny, 2009, 1976).

Por otra parte, en Francia, como en la Argentina, el trabajo de observación distaba mucho de ser una lectura directa, y eran fundamentales las mediaciones

de las relaciones sociales con determinadas personas. No obstante, Podgorny advierte que la infraestructura de caminos y vías férreas permitía a Ameghino dirigirse a los sitios una y otra vez, "sin otra intermediación más que la del dinero" (Podgorny, 2009: 165) necesario para comprar los pasajes, cuestión que otorgaba "cierta independencia de las redes personales" (Podgorny, 2009: 165). La red de transporte constituye una referencia para la ubicación "de las *estaciones* prehistóricas, que, por otro lado, se van haciendo visibles gracias a las excavaciones causadas por el tendido del ferrocarril y la explotación de las canteras". Se pone de relieve la importancia que concede Podgorny a la historia de la infraestructura material en relación a la producción y circulación de los nuevos objetos científicos. Por eso, repara que, en la Argentina, la disímil infraestructura de comunicación complicaba las cosas a la vuelta de Ameghino. Pese a la educación científica adquirida en La Plata, el peso de las relaciones personales era inmenso y quienes monopolizaban el poder de fiscalización y control de las grandes colecciones no parecían dispuestos a admitir la simultaneidad entre el supuesto hombre de las pampas y los objetos que poseían en sus exhibiciones. Las debilidades de la infraestructura material reforzaban la negativa a reconocer la autenticidad a los huesos de Ameghino por parte de figuras de tanto peso como Burmeister y Zeballos.

Esta forma en que la autora logra imbricar la conflictividad social en la que sus personajes intervienen con las condiciones materiales en que se desarrollan, adquiere un matiz asombroso en *Los viajes.* Allí, Podgorny señala la llamativa superposición del itinerario de su personaje con situaciones sociales e históricas particularmente teñidas de revolución o levantamiento local y remarca que Bennati, lejos de causar estas disputas, se aprovechaba de ellas para actuar en todos los intersticios de estados que no lograban imponerse y entre una audiencia que celebraba la propaganda, los títulos y los acentos europeos (Podgorny, 2010: 30). Por ejemplo, en medio de diversos enfrentamientos, Bennati reasumió en América las funciones que había tenido en Italia, acompañando las milicias piamontesas como cirujano. Con esa sabiduría que lo acompañaba desde Italia para crear la ambientación de cada una de sus intervenciones médicas, reinventó la Cruz Roja, aquella creación de Henri Dunant. Como recuerda Podgorny, la Cruz Roja era un resultado de guerras conocidas por Bennati y entre sus iniciativas estuvo la búsqueda de un símbolo y un uniforme para identificar a los cuerpos de sanidad en el campo de batalla y crear, así, un escudo de neutralidad protectora (Podgorny, 2010: 50-51). Podgorny destaca cómo mediante estas y otras estrategias, el viaje por el norte del Gran Chaco significó el reconocimiento de las autoridades hacia Benatti como naturalista y médico; tanto por los documentos con firmas de ministros de Estado que en Bolivia lo legitiman por el artículo 31 de la Constitución Nacional, como porque después, en la Argentina, el charlatán podría apelar al

artículo 3º del tratado de comercio y amistad entre Argentina y Bolivia del 9 de julio de 1868. Podgorny registra que a partir de esta habilitación, Guido Bennati empezó a usar sin reparos el título de "doctor" (Podgorny 2010: 28). Persiguiendo la superposición entre conflictos locales y peripecias de su personaje, la investigadora se interna en las formas concretas de los estados nacionales recorridos por Bennatti –Brasil, Bolivia, Paraguay, Argentina. Entonces, la investigación de Podgorny no se detiene tan solo en disputas territoriales internacionales encarnadas en guerras o congregaciones diplomáticas que velaban por sus límites fronterizos, sino que se adentra en la variedad de relaciones de producción vigentes, en los circuitos de intercambios de productos regionales, en la estructuración interna de estos territorios según la diversidad de sus administraciones, proyectos de navegación, carreteras, vías ferroviarias y de comunicación. Recorriendo tierras, ríos, selvas, puertos, ferias y mercados, Podgorny logra ofrecer una imagen mucho más vivida de los conflictos socioeconómicos de la época de lo que solemos encontrar en las epopeyas o denostaciones de las historias de "consolidación" de los estados nacionales americanos. Bennati supo interpretar la heterogeneidad de estos entramados para usufructuar las ausencias de las construcciones estatales, Podgorny sobrescribe y profundiza dicha lectura para mostrar las falencias historiográficas en los relatos constituyentes de los estados y, sobre todo, para indicar cómo en los márgenes de los mismos prolifera la acumulación y sistematización de información sobre el territorio y la naturaleza local.

El sendero nos conducirá a la década 1880, cuando nuevos personajes ligados al Instituto Geográfico Argentino aparecen en escena con sus intereses arqueológicos y antropológicos vinculados a la exploración del territorio frente a la conciencia del poder destructor del tiempo y de la civilización en relación a las pruebas del pasado. Los años transcurren en el relato y Ameghino encuentra, en Córdoba, formas de movilidad similares a las europeas, mientras el tendido del ferrocarril abría barrancas que ponían al descubierto vestigios de muy distinto tipo. Recurre entonces a lo aprendido en Francia respecto a la clasificación y datación de los objetos. En los prolegómenos del último capítulo, las disputas personales locales se imbrican con disputas respecto a la antigüedad de los hallazgos y su extensión territorial y Burmeister acusa a Ameghimo de falsificar los datos. Los propios personajes ponen de relieve en qué sentido el campo era central para construir el conocimiento del pasado; el orden dado a las colecciones "era arbitrario y podía, efectivamente, acomodarse a las fantasías o deseos científicos de su autor", resuenan aquí las crónicas de Bennati. No obstante, Podgorny aclara que "los diarios, las publicaciones y las cartas hechas públicas, buscando apoyos de manera proselitista, parecían jugar un papel igual de importante para resolver una controversia en función de adhesiones y juegos de influencia" (Podgorny, 2009: 189).

En el último capítulo de *El sendero,* Podgorny hace hablar al Museo General de La Plata, el primero diseñado y construido para tal fin, no solo en Argentina, sino en toda América del Sur, aquel al que había ido a parar parte de las colecciones de Bennatti. Entonces recordamos la cuestión de la edificación de los museos, analizada en la primera parte, acerca de cómo los espacios pretendían revalorizar ciertas teorías científicas, determinadas maneras de comprender la relación entre el hombre y la naturaleza y cómo, por otro lado, manifestaban una manera en la que debía entenderse la relación del público con la ciencia. Reaparece, entonces, el tema sobre el papel central del director, Moreno en este caso, como "legislador de un pequeño reino" (Podgorny, 2009: 196) con sus reglamentaciones e instrucciones –sobre todo teniendo en cuenta que "los objetos de historia natural, las antigüedades, las piezas antropológicas y etnográficas permanecían sin legislación especial" en las leyes nacionales–, pero además, este personaje aparece ejerciendo una limitación en la admisión a su edificio propia del tipo de acceso a colecciones y bibliotecas privadas. Se resalta el poder de decisión del director "que se ejercía a través de su propia red de colegas y conocidos" y su férreo control sobre empleados y colecciones. Como símbolo de esta situación, después de un endeble acercamiento, Moreno prohibiría a Ameghino las visitas especiales para visitar objetos, dando cuenta, por otra parte, de que las alianzas que se tejían eran "tan frágiles como los fósiles de los arroyos de las pampas" (Podgorny, 2009: 198). Podgorny remarca que todos los pasos de los empleados y visitantes eran vigilados, y muestra cómo se registraban los movimientos de las piezas en planillas diarias de trabajo e informes al director: el tipo de control que se ejercía era el de un "sistema policial" (Podgorny, 2009: 200) y la sospecha de engaño o falta de lealtad impregna todas las reglas de funcionamiento del Museo. Esto que señala Podgorny es en realidad común a todos los reglamentos disciplinarios, pero su peculiaridad era que en este caso se imbricaban los protocolos científicos de procedimientos, con sistemas policiales y de vigilancia. Aún así, Podgorny elige resaltar las analogías: el régimen disciplinario contenía "todos los conflictos relacionados con el mundo del trabajo" (Podgorny, 2009: 201). "Los temores y controles de Moreno son comparables al de todo director de un establecimiento industrial o propietario de un comercio de ciertas dimensiones [...] temeroso del sabotaje de sus empleados frente a la competencia de establecimientos similares" (Podgorny, 2009: 201), en este caso, comerciantes de objetos, o colegas en competencia por los fondos públicos de esquivo destino. Así, Podgorny no elude el análisis de las relaciones de poder para entender el funcionamiento del establecimiento, pero coloca al museo frente al Estado sin más –ni menos– privilegios que los de ciertos galpones industriales.

Podgorny contrasta la descripción de este museo de espacios controlados con la del Museo Nacional de Buenos Aires, contra cuya arquitectura sus directores

luchaban para poder hacer entrar las crecientes colecciones. En todo caso, ambas instituciones pronto chocarían en competencia por los fondos de las arcas del tesoro nacional y la autora pone en evidencia la falta de articulación entre los proyectos de los dos museos. El movimiento parecía ser contrario a la coordinación o plan generado desde los afanes de control de los gobiernos: "son los directores de los museos, los científicos a cargo de los distintos tipos de trabajos quienes crean funciones para sus instituciones como para justificar su permanencia en el presupuesto" (Podgorny, 2009: 209). El derrotero más significativo en relación a la desatención del Estado hacia el Museo Nacional es el que recorre Ameghino al asumir su dirección. Podgorny relata los diferentes modos en que intenta trasladar el edificio en inminente peligro de derrumbe, y los diferentes modelos de museos a la hora de elegir el lugar de traslado, en una situación en la que los "gliptodontes, si no querían volver al barro de la Pampa, debían iniciar su marcha hacia otros rumbos" (Podgorny, 2009: 218). Sin embargo, "en un país con políticos poco dispuestos a mantener sus palabras y donde el cumplimiento de la ley sancionada no estaba garantizado"(Podgorny, 2009: 220), el proyecto de mudar el museo a un nuevo edificio demoró años en concretarse y Ameghino vería la muerte en 1911, antes de que el edificio en el llamado Parque Centenario comenzara a construirse.

Cuando *El sendero* llega a su fin, Podgorny logra cumplir con creces con lo que se había propuesto al principio respecto a la historia de la prehistoria: dar cuenta de las redes internacionales en donde

> se articularon las experiencia y observaciones realizadas por individuos de mundos culturales y lingüísticos diferentes: [...] ingenieros franceses, banqueros ingleses, profesores italianos, maestros argentinos, diplomáticos y ministros de nacionalidades diversas, [que debieron] esforzarse por encontrar una lengua común para poder dialogar y trabajar en ese espacio no del todo real que Peter Galison (1997) ha llamado metafóricamente *zonas de intercambio* (Podgorny, 2009: 20).

El recorrido de las últimas líneas está dedicado a las ideas de Ameghino respecto al origen del hombre y su antigüedad, según él proveniente de un pequeño bípedo del terciario nacido en la Patagonia, y su vinculación con el intento de encontrar un lenguaje universal aplicable a todo el mundo (en tensión con la idea de que los hechos de *Sur* no se encuadraban en los esquemas y analogías acuñados en el *Norte*) y con la historia de la consolidación del trabajo de campo como parte esencial de la prehistoria, la paleontología y la paleoantropología. En estas páginas se exponen las discusiones que el trabajo de Ameghino suscitó –como empresa familiar vinculada a una red de viajeros e informantes– con la red de los

integrantes del Museo de La Plata. Las formas de esta competencia llevaron a escamotear información sobre la ubicación de los hallazgos ofrecidos como pruebas, y, a la larga, a erosionar la credibilidad de los exploradores argentinos. Dejando su experiencia como subjetiva, ajenas al reino de la ciencia, sus pruebas no se diferenciarían de la *evidencia asesinada*. Por eso, aunque los objetos de la prehistoria supieron hablar vívidamente y la búsqueda de una observación neutral de estos objetos se expandió por todo el mundo, en la Argentina, los precursores sudamericanos de la humanidad tuvieron que permanecer inertes en los museos donde, junto a los objetos de Bennatti, por qué no, abrigaron la esperanza de reingresar a la vida en otras condiciones materiales. En las conclusiones de *El sendero* se considera que la inestabilidad de los elementos involucrados en la creación de los objetos de la paleoantropología y la prehistoria, (que debían permitir asociar sedimentos, fósiles, humanos e industrias) sumados a un contexto de labilidad institucional, es el mayor problema de las controversias de la época. Los políticos argentinos protegieron por igual a las instituciones del Estado, a los coleccionistas privados y a los naturalistas viajeros que exportaban parte de su colección, aún después de dictada la ley que prohibía el despacho de fósiles. El hecho de que los políticos que apoyaban la financiación de un nuevo edificio para el Museo Nacional quisieran transformarlo en una institución educativa, a pesar de que los intereses personales que lo sostenían propugnaban su valor para la investigación científica, habla según la autora de "una ciencia que no logra encontrar su lugar en la Argentina" (Podgorny, 2009: 262).

A modo de cierre

No hay que engañarse, el relato de Podgorny está lejos de ser un reclamo al Estado por su desatención a la ciencia, por la misma razón por la que pinta el conjunto de las actividades de la ciencia local casi en sintonía con el espectáculo ofrecido por el charlatán trasportando a sus momias y objetos, no más que un puñado de personajes empeñados en hacer hablar cada uno a su propio muerto. Estos hombres que creían que los finados les susurraban algo al oído –aunque nadie más los pudiese oír– deambulaban por un mundo donde proliferaban los cadáveres que ingresaban locuazmente a la vida con todo el lastre de regularidad, normativas, productividad y debates colectivos generados por sus discursos. La crítica de Podgorny va dirigida, más que a los políticos, a las reconstrucciones historiográficas que ven proyectos de dominio nacional por detrás de toda actividad financiada por el Estado, esto atañe tanto a quienes lo alaban como a quienes lo denuestan. Lejos de las interpretaciones que han colocado al Estado como sujeto de la historia, la planificación estatal de las ciencias no es un objeto

epistémico para esta historiografía que no encuentra sus regularidades, constancias, producción, sentidos u orientación. En este punto, nos queda la pregunta respecto a qué otras regularidades podrían hacer que se perciba como objeto de investigación esa inestabilidad estatal, más allá de las maravillosamente bien contadas historias de estos personajes y sombras que, con disfraces o sin ellos, tejían sus redes sociales en los intersticios dejados vacantes por los poderes centrales o implorando algunos de sus favores. Quizás se trate de seguir la línea de análisis de lo concreto que condujo de Bennatti a la debilidad de los estados del siglo XIX, mirada que rompe con las tendencias que consideran las relaciones de fuerza que atraviesan los espacios de producción científica como singularidades aisladas respecto de las determinaciones más generales de los procesos de producción y reproducción social.

Bibliografía

Bourguet, M., Ch. Licoppe y O. Sibum (2002), *Instruments, travel and science itineraries of precision from the seventeenth to the twentieth century*, Routledge.

Daston, L. (ed.), (2000), *Biographies of scientific objects*, Chicago, The University of Chicago Press.

Daston, L. y P. Galison (2007), *Objetivity*, Nueva York, Zone Books.

Galison, P. (1997), *Image & logic: A material culture of microphysics*, Chicago, The University of Chicago Press.

Latour, B. (2001), *La esperanza de Pandora, Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa.

—— y S. Woolgar (1979), *La vida de laboratorio: la construcción social de los hechos científicos*, Madrid, Alianza Universidad.

Lefévrè, W. (2005), "Science as labor", *Perspectives on Science*, vol. 13, Nº 2, pp. 194-225.

Podgorny, I. (2010), *Los viajes en Bolivia de la Comisión Científica Médico-Quirúgica Italiana*, Santa Cruz, Fundación Nova.

—— (2009), *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*, Rosario, Prohistoria.

Rheinberger, H. (2005), "A reply to David Bloor: 'Toward a Sociology of Epistemic Things'", *Perspectives on Science,* vol. 13, Nº 2, pp. 406- 410.

—— (1997), *Toward a history of epistemic things. synthesizing proteins in the test tube*, Stanford, Stanford University Press.

Rieznik, M., V. Ugartemendía y G. Perret (2009), "Reseña. Wolfgang Lefévrè, *Science as labor*", *Redes*, vol. 15, N° 30, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 229-237.

Rudwick, M. (1976), "The emergence of a visual language for geological science 1760-1840", *History of Science*, vol. 14, pp. 149-195.

—— (1992), *Scenes from the deep time. Early pictorial representations of the Prehistoric world*, Chicago, The Chicago University Press.

Shapin, S. y S. Schaffer (1985), *Leviathan and the Air-Pump. Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*, Princeton, University Press [en castellano: *El* Leviathan *y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*, trad. Alfonso Buch, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005].